

Willow vivía en un pueblo aislado e incomunicado con el exterior. Este pueblo presentaba un paisaje natural, lleno de bosques en los que perderse; rodeados por lagos y ríos que desembocaban en largas cascadas. En las afueras se podían encontrar varias ruinas de castillos y monasterios cubiertos de enredaderas debido al paso del tiempo. En el centro de este pueblo, se encontraban unas pocas casas y apenas dos tiendas que fueron construidas bastantes siglos atrás. Todos los habitantes se conocían entre ellos y no había muchas distracciones. Sin embargo, Willow tenía grandes ambiciones: ser una artista.

A sus ya dieciséis años, era hora de participar del negocio familiar. Como todos sabían, su familia siempre se había dedicado a organizar bodas en los pueblos cercanos. Por eso, algunos miembros de esta tenían la posibilidad de salir del pueblo y de viajar por los alrededores. Por desgracia, Willow no tendría la misma suerte, ya que ella debía dedicarse a la confección de vestidos de boda, en concreto al bordado del encaje que decoraba las mangas, al igual que su madre.

Como era de imaginar, Willow no estaba nada satisfecha con la tarea que tenía asignada. Entonces le preguntó a su madre, Dorothea, que por qué otros podían encargarse del álbum de fotos, del transporte o de cualquier tarea que implicase salir de ese pueblo. Su madre le contestó que así era la tradición, ellas siempre habían tejido los vestidos y que además era algo que disfrutaban y que se les solía dar bien.

Lo cierto es que Willow tenía bastante talento para dicha tarea, no le resultaba complicado e incluso se divertía mientras utilizaba esa vieja máquina de coser. Pero decidió dejarlo como algo aislado y no prestarle atención, ya que ella quería algo más, sentía que algo le llamaba. Willow siempre había estado interesada por la pintura, aunque no consideraba que se le diese demasiado bien. Sobre todo, pintaba paisajes en tonos pastel, muy inspirados en los que ella observaba a través de su ventana.

Sin embargo, desde hacía unos meses lo tenía claro, lo que quería era marcharse y descubrir nuevos territorios. No todo era tan fácil, su familia la

necesitaba y se sentía muy ligada al pueblo. Además, Willow tenía miedo a las críticas de sus amigos y a enfrentarse a lo desconocido.

Así que Willow tuvo que hacer balance, escuchó a su corazón y decidió que irse era lo mejor que podía hacer. Primero se lo comunicó a sus padres, que la apoyaban incondicionalmente, pero no confiaban en que le fuese a ir muy bien. En apenas media hora se corrió la voz, todo el pueblo se había enterado. Como era de esperar, muchos criticaron su decisión, la llegaron a llamar desagradecida. Otros se burlaron de sus prioridades- ya que había elegido la fama antes que a su familia- pero en realidad, todo esto no le importaba.

Y es que, aunque la fama o la admiración le interesasen, Willow no buscaba eso. Ante todo, ella se consideraba artista; y un artista necesita un público. ¿Cómo podría ella saber si sus obras valían la pena o no? ¿De qué manera podrían disfrutar otros de lo que pintaba? Además, ella buscaba la independencia, el sentirse libre y sin restricciones, necesitaba salir de allí.

Se encerró en su cuarto y se puso a pintar con acrílico diferentes paisajes, y cuando terminó, metió sus pinturas y obras en unas maletas para poder llevárselas, con la intención de venderlas y conseguir algo de dinero para poder vivir por su cuenta.

Llegó la hora de marcharse, llevaba una bolsa con provisiones y su maleta con sus obras. Se despidió de sus familiares y amigos lo más rápido posible para no escuchar las críticas y comentarios que hacían sobre ella. Sin casi pensarlo, se fue corriendo hacia la entrada del pueblo dispuesta a andar hasta encontrar una posada o alguien que le pudiera dar indicaciones sobre cómo llegar a la ciudad.

De casualidad, Willow escuchó que algunos de sus primos estaban a punto de irse a la ciudad, ya que tenían que recoger unos materiales necesarios para la construcción de un arco de decoración para una boda que tenían planeada. Ella pensó que si además iban en un coche de caballos, podría llegar antes. Así que retrocedió, y muy amablemente les pidió si podía ir con ellos. Los chicos accedieron, aunque no con mucho entusiasmo.

Durante el trayecto, ella se dedicó a dibujar los nuevos paisajes que veía por la ventanilla del coche. Pero esto no impidió que se percatase de la manera en la que la miraban. Algunos de ellos lo hacían con desdén y otros con superioridad, lo que provocó que ella sintiese ciertas inseguridades. Por suerte, el trayecto duró menos de lo que pensaba, y en apenas dos horas ya habían llegado a la ciudad. Ellos se bajaron sin dirigirle la palabra y se fueron hacia la derecha, así que ella decidió ir en el sentido contrario.

Willow estaba cada vez más arrepentida de la decisión que había tomado, la ciudad era totalmente nueva para ella y no conocía a nadie. Además, no pensaba que sus pinturas valiesen para nada. Comenzó a ponerse nerviosa, cada vez más, ya no sabía ni hacia dónde andaba. La maleta cada vez le pesaba más y estaba mareándose. Fue entonces cuando irremediabilmente se tropezó y se topó con un edificio donde había un letrero en el que ponía “National Art Gallery”.

Ella pensó que sería un lugar en el que se podían exponer obras de arte, pero no sabía que en realidad era un museo.

Por lo tanto, se le ocurrió que sería una buena idea colocar sus cuadros junto a las obras expuestas en la galería de renombre. Y eso fue lo que hizo. En medio de la sala, abrió su maleta y sacó siete de sus lienzos y los apoyó sobre la pared. Después de hacer esto, Willow se colocó en el centro de la sala, esperando a las reacciones del público.

A los pocos minutos surgieron las primeras miradas de desconcierto. Algunos se burlaban en voz alta. Cuando Willow se dio cuenta de esto, sintió que había hecho el ridículo y se echó a llorar. Salió corriendo del museo dejando sus obras allí y se escondió en un callejón. Fue en este momento cuando se arrepintió de todo lo que había hecho y de todas las aspiraciones que había llegado a tener. ¿Merecía la pena pasar por tanto dolor e impotencia?

Después de pasar unos minutos llorando, levantó la cabeza y vio que justo enfrente había un café. Apenas tenía dinero pero decidió sentarse en una de las mesas para poder pensar con más claridad, quizás volver era la opción

correcta, no siempre se gana. Entró al local, arrastró una silla y se sentó en una mesa para dos. Seguía entre lágrimas, así que cogió una servilleta para limpiarse la cara. Willow entonces desconectó y se puso a pensar en sus cosas.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que alguien se había sentado en la silla de enfrente. Era un chico que llevaba sus siete cuadros. Sonriendo, le dijo que había venido a devolvérselos. Willow se quedó paralizada, pensaba que iba a reírse de ella. El chico se llamaba Clarence, y dijo que esos dibujos le gustaban mucho, que le transportaban a un paisaje aislado de la ciudad al que le gustaría viajar. Ante esto, Willow se echó a llorar, pero esta vez de emoción. Ambos comenzaron a hablar sobre dichos paisajes. Willow entendió que había conseguido lo más importante, su arte había traspasado lo material. Esto fue más que suficiente para que decidiera quedarse en la ciudad, aunque hubiera millones de razones para no hacerlo.